

# GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## CRÓNICA

Vivimos una época de tal actualidad, que los periódicos diarios de la mañana son viejos por la noche, y que la mayor parte de los acontecimientos sólo interesan media hora después de haber sucedido; y en cuanto á los proyectos, los más grandes, los más trascendentales, si preocupan la atención cuarenta y ocho horas, es todo lo de Dios.

Y no hablemos de las desgracias: tremendas las ha sufrido la Nación, y ustedes dirán quiénes han derramado lágrimas al ver ondear en la Puerta del Sol la bandera con la estrella solitaria.

Por algo decía un *semi-golfo* que la cuestión de banderas interesa poco, habiendo en este país tanto pendón.

Y viene toda esta prosa á reconocer la casi inutilidad con que los periódicos no diarios se ocupan de todas las cuestiones, porque nuestro público, y eso el más culto y el más intelectual, no está dispuesto á interesarse en comentarios, ni políticos ni artísticos, sobre asuntos de que haya tenido noticia hace ocho días.

Solamente publicaciones que como GENTE VIEJA se consideran como la representación de los últimos ecos del siglo pasado, pueden tener la candidez de escribir sobre lo que no ha ocurrido dos horas antes de dar cuenta de ello.

\* \*

Los jefes de gobierno de toda la Europa culta, que están satisfechísimos al ver que el Sultán de Marruecos va triunfando y que continúa el *statu quo* de barbarie en el Africa; los filósofos, los pensadores, los refinadamente civilizados, altruistas y humanitarios, me merecen el más profundo desprecio.

Me explicaré.

Han dicho todos los periódicos en telegramas y en noticias: "Ayer entraron los imperiales en Fez, llevando á los prisioneros atados de las colas de sus caballos; además, se remitieron cuarenta cabezas."

Los pensadores, los políticos y los filósofos que leen sin inmutarse esta noticia, y hasta que la encuentran salvadora para la tranquilidad del Imperio y de las Cancillerías, son infinitamente más criminales, porque son menos brutos que los propios moros de rey y las propias kabilas que mandan las cabezas de los enemigos como gaceta extraordinaria de su triunfo.

\* \*

Las clases directoras instruídas, ricas y bien alimentadas, cifran la conservación del actual estado social, no á su derecho ni á su razón, sino al mauser y á las piezas de tiro rápido.

El setenta por ciento de los pobladores de la Europa culta vive de un modo miserable; y si los obreros se quejan con razón, los cultivadores del campo son más esclavos y más desdichados que lo fueron los siervos de la Gleba.

En el mundo entero, y muy especialmente en España, el bracero rural vive con menos de una peseta; y como tiene mujer é hijos, *no vive*, sino que come lo necesario para no morir y para fomentar sus rencores.

Está ya muy cercano el día *en que se cuenten*, y

cuando venga la huelga de los campos y la huelga del mozo sorteable, ya lo ha dicho un escritor español: nos ahorcarán con nuestras corbatas y nos harán los sudarios con nuestras levitas.

Los conflictos que crea la fuerza del derecho sólo los resuelve el derecho de la fuerza; y cuando los Estados no estudian el medio social en que están viviendo, aquellas relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, producen la catástrofe.

Y de ésta, cuando venga, ya verán ustedes cómo hay que ocuparse más de una semana, y entonces caerán en la cuenta la mayor parte de los necios que dirigen Europa, de que es absurdo asombrarse de que el rayo se produzca en un segundo cuando la tempestad lleva formándose muchos meses.

\* \*

En el mundo la riqueza tiene muchos deberes que cumplir, que le aconsejan, no sólo la moral, sino su propio egoísmo. Hay clases que entienden que nada es más importante que asegurar la renta, el cupón, el sueldo ó la chuleta, sin pensar en la situación de los que nada tienen, trabajan mucho y cada día viven peor.

Decía una vieja aragonesa *que la mucha cebada* hace rebuznar.

JUAN VALERO DE TORNOS.

## TARJETA POSTAL

Vejez, ¡me privas de andar,  
de discurrir, de beber;  
pero aun guardo, á medio usar,  
los ojos para mirar,  
y el alma para querer!

MANUEL DEL PALACIO.

## La Fuente de la Rinconada ó el Castillo de Fuentes.

Invitado por mis hijos, los Vizcondes de San Javier, á pasar el verano en su posesión de las Carrasquillas, el día 2 de Agosto salí de Valencia, llegando el 3 á Tarancón, donde me esperaba mi hijo, y desde la estación fuimos á parar á la espléndida morada casa-palacio del Conde de Retamoso, primo hermano de mi hija política, el que nos recibió y dió espléndida hospitalidad; y aprovechando la fresca, después de la puesta del sol, nos dirigimos á las Carrasquillas, casa-labor donde reside mi hijo y donde debía yo pasar los meses de Agosto, Septiembre y Octubre.

Las Carrasquillas es una gran posesión compuesta de tierras de panllevar, monte bajo y alto, y prados.

En el centro de la posesión está enclavada la casa-labor, compuesta de planta baja y alta. La planta baja, destinada á cuadras, cocheras, pajares, horno y habitaciones de los mozos, guardas y mayordomo. La planta alta es la vivienda de los Vizcondes, espaciosas habitaciones, confortables, con todo aquello que es necesario para hacer agradable y cómoda la vida.

Las vistas que ofrece la casa son preciosas; por la parte Norte, como á legua y media, se ve el pueblo de Villarejo de Fuentes; al saliente los montes de Zafra, Arconchel y Villar de Cañas, y una frondosa vega que baña el río Zancara; al Sur la magnífica posesión y casa de campo y labor de los Marqueses de Pidal y los molinos de la Marquesa de Santa Coloma; al Este el frondoso monte de Santa María de la O, abundantísimo en caza, y propiedad también de los marqueses de Pidal; al Poniente una serie de campos de panllevar, sembrados unos de trigo y otros de cebada y centeno, y á la derecha un manantial inagotable, llamado de la Cima, pero cuyas aguas son salitrosas y sólo sirven para el riego de las huertas que rodean la posesión y de abrevadero para el ganado trashumante, pues linda precisamente con el camino de la Mesta ó Merinal, por ser el paso de invernadero para el ganado merino, que tanto abunda en la Mancha como en la provincia de Cuenca.

Después de haber tomado posesión de mi habitación, que era un precioso gabinete, me asomé al balcón y me puse á registrar con mi antejo los preciosos puntos de vista que se divisaban desde allí.

Como á cosa de un cuarto de legua vi las ruinas de un castillo; y como siempre he sido muy aficionado á la historia, calculé que aquel castillo tendría una historia ó una tradición; llamé á mi hija política, le pregunté y ésta me contestó:

—El castillo que ves, que hoy completamente está en ruinas, es el castillo de los Sres. de Fuentes, y en el siglo XIV protegía el pueblo de Fuentes, que estaba situado á su alrededor, y del que hoy no queda, como ves, á la derecha más que un pequeño santuario en donde se venera la Virgen de Fuentes, y que anualmente se hace en Septiembre su fiesta, trasladándola desde la iglesia parroquial de Villarejos á su santuario, y donde se celebra el 8 de Septiembre una gran romería, á la que concurren los pueblos de Villarejo, Arconchel, Villar de Fuentes, Montablo, Montalbanejo y hasta gentes de la Osa y Zafra.

De la historia del castillo poco se sabe, pero está enlazada con una tradición que te contaré, para que tú, á tu vez, puedas hacerlo en el semanario GENTE VIEJA.

Esta tradición, como te digo, está enlazada con un manantial ó cisterna, que antiguamente se denominaba la Cisterna de Maravilla y que hoy es conocida por la Fuente de la Rinconada, único manantial de agua dulce que se encuentra en las Carrasquillas, pues todas las aguas del alrededor, como la del Zancara, son salobres.

—Puesto que eres tan amable, cuéntame lo que se pas del castillo y de la Fuente de Maravilla ó de la Rinconada.

—Pues, señor—dijo mi hija política,—á fines del siglo XIV, medio derruido el castillo y abandonadas las casas que formaban la aldea de Fuentes por las emanaciones palúdicas del Zancara, que diezaban sus habitantes, fundóse la villa de Villarejo, adonde se fueron á vivir unos, y otros al Horcajo ó Villar de Cañas.

En la aldea sólo quedaron algunos pastores; y aunque el castillo, medio derruido, pues la torre del Homenaje y los bastiones ó torreones altos habíanse venido abajo, quedaba aún habitable la parte baja de la que tomó posesión, con autorización del Sr. de Fuentes, con el pomposo título de alcaide del castillo, un

viejo carpintero entregado al vicio de la bebida y que tenía una preciosa hija llamada Maravilla.

El carpintero, denominado Conrado Nuño, había quedado viudo hacía algunos años.

Su hija Maravilla, llamada así por su espléndida hermosura, vivía con él en el castillo.

El carpintero, antiguo soldado, había cifrado en Maravilla todo su cariño, y la hermosa niña lo cuidaba con cariño y mitigaba sus penas y su furor cuando se embriaga.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Conrado había perdido toda su parroquia y no le era posible, á pesar de su habilidad, encontrar trabajo alguno entre sus convecinos.

Una noche, después de haber roto, lleno de ira, la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado, con desesperación.

— Si pudiese beber — dijo, — al menos bebiendo se olvidan las penas.

Había en las inmediaciones una cisterna, famosa á diez leguas á la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Maravilla á su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada á llenar su cántaro á la famosa cisterna, y después lo acercó á los labios del frenético.

— ¿Qué bebida es esa? — dijo después de haberla probado.

— Agua, padre mío.

— ¡Agua! — dijo — ¡Agua! Lo que beben los caballos y los patos. El desecho de la Naturaleza, el residuo de las tempestades. ¡Maldita sea mi suerte, que me obliga á tragar este asqueroso brebaje!

— Pero — dijo Maravilla — esta agua es la mejor que hay en el mundo.

— ¡Quítate de ahí, miserable! — gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo á la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Maravilla, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué á quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía más á Conrado; cogió un palo, é iba á romperlo sobre las costillas de la niña, que lloraba magullada con su caída, cuando llamaron á la puerta.

La noche estaba oscura, amenazaba una tormenta; los relámpagos atravesaban las tinieblas.

— ¿Quién va? — dijo Conrado.

— ¡Qué os importa! — le contestó una voz terrible. — No tenéis nada que os roben.

— ¿Qué queréis?

— Entrar mientras llueve.

— ¡Id con mil diablos! — gritó Conrado.

— Con ellos vengo — respondió la voz.

— No abro.

— Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podrías aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haría beber á un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió atento oído Conrado.

— ¿Conque traes vino?

— Digno de figurar en la mesa de un emperador.

— Vamos, Maravilla, holgazana, llorona, ve á abrir á ese néctar la puerta de par en par; es preciso no dejarle á la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La joven, antes de obedecer, miró tímidamente á su padre.

— Es muy tarde para abrir á un desconocido — dijo.

— Ve á abrir inmediatamente, y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Maravilla, llorando, fué á alzar el picaporte, y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como había dicho, un pellejo grande, cubierto de barro por el exterior.

— Verdad has dicho — exclamó con alegría Conrado al ver el pellejo de vino.

— Yo no miento nunca — replicó el viajero. — La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y beberemos.

— Ni vasos ni dinero tengo. Maravilla, trae dos tazas á su señoría.

La joven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo, del que salió un vino de un

color admirable, de verde y oro, de exquisito olor y de excelente gusto, de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Conrado bebió sendos tragos y después preguntó al forastero que quién era.

— ¡Toma! — dijo el viajero, — parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

— ¡Alcalde yo! Soy.... soy carpintero.

— ¡Mal oficio! — exclamó el desconocido echándole nuevamente de beber.

— ¿Es mejor el vuestro? — dijo Conrado.

— Sí.

— ¿Cuál?

— Soy tratante en almas.

— ¡Ya!

— Sí, trafico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.

— ¿Y á cómo pagáis un alma?

— Según: un alma de un hombre hecho, de viejo, de cómico, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

— ¿Y mi alma?

— ¡Un alma de borracho! — dijo con desdén el desconocido.

— ¡Hola, tío rojo! Me gusta el vino, pero no tolero que me insulten.

— ¡Bah! Así son todos los hombres: quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas; bebed y tendréis más lógica.

— Eso es — replicó Conrado amansándose, — bebamos enhorabuena. Yo, que no tengo nada, quisiera vender mi alma. ¿Cuanto me dais?

— Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y éste quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad, y el vino, á pesar vuestro, os entregará á mi amo Lucifer.

— ¿Y si me corrigiese? ¿si no bebiese más que agua?

— Os desafío á que lo hagáis.

— Tenéis razón.

— ¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

— Gracias, no tengo sed — respondió Maravilla, sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgajarse las nubes en agua.

— ¡Diablo! — dijo Conrado medio borracho.

— ¿Me habéis llamado? — dijo el desconocido.

— ¿Yo? No; he dicho diablo.

— Pues bien, acabáis de pronunciar mi nombre.

— ¿Queréis comprarme algo?

— Sí.

— ¿Mi alma?

— No.

— ¿Pues qué?

— La de esta joven.

Maravilla se estremeció y echó instintivamente mano á su rosario.

— ¡Calla! — dijo Conrado. — ¿Puedo yo disponer de su alma?

— ¿No sois su padre? — respondió el hombre rojo. — En ese caso, como respondéis ante Dios, podéis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.

— Y ¿cuanto me dais?

— Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una joven doncella.

— Muy bien — dijo Conrado.

— Pero ¡padre mío! — dijo suspirando Maravilla, — apenas tengo diez y ocho años

— ¡Menor! — exclamó el demonio — ¡Menor! Entonces son mil escudos más.

— Pero ¡padre mío!, si soy de la Congregación de la Virgen.

— ¡De la Congregación de la Virgen! — continuó el negro mensajero; — entonces, son en todo diez mil escudos.

— ¡Diez mil escudos! — repitió aullando Conrado.

— Diez mil escudos — repitió á la vez el comisionado del Tártaro.

— Dadme la mano, negocio concluido, su alma es vuestra.

Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caracteres encarnados, en que estaba escrita el acta de venta del alma de la hija de Conrado, se lo hizo leer, después se lo presentó para que lo firmase.

— Alto allá — dijo Conrado; — toma y daca; venga el dinero y firmaré entonces.

— Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un pelotón de hombres á caballo.

— Ahí están mis gentes — dijo el hombre rojo.

Abrió la puerta, salió, y á poco volvió á entrar con un gran saco que contenía diez mil escudos en oro; los puso delante de Conrado, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplejía vinosa, hubiese llegado á su colmo, Conrado no tuvo fuerza más que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

Maravilla, durante este tiempo, miraba sollozando á los caballeros que rodeaban la puerta; eran nueve: relucientes cascos cubrían su cabeza y negros bigotes sombreaban su rostro.

Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio. Había arrojado su peluca roja y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

— Maravilla — la dijo, — vuestra alma es mía.

— Devolvedmela, señor demonio; se la había prometido á Dios y á su santa Madre la Virgen; devolvedmela, trabajaré día y noche para pagaros el dinero que por ella habéis dado.

— No — dijo el demonio — ¿Qué teméis de mí, tan feo soy?

— No, sin duda, pero mi padre se condenará.

— ¿Y qué importa? Sin esto se hubiera condenado.

— ¡Maldito vino, traidor licor, causa de todos nuestros pesares!

El diablo miraba con atención á la joven oyéndola proferir aquellas palabras. Parecía muy complacido con sus gracias y sencillez.

— Y á vos, ¿no os gusta el vino? — dijo Maravilla.

— No, cuando los que lo beben se ponen en semejante estado; — y al mismo tiempo señaló á Conrado que dormía con un sueño convulsivo. — Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío, y daría algo por beber un trago á mi vez.

— Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.

— Nosotros, los demonios, bebemos mucho, vivimos en país caliente; esto seca la lengua, y cuando tomamos forma humana estamos expuestos á sus flaquezas.

Maravilla, con aire suplicante, le dijo al forastero:

— Si quisiérais volverme á ceder mi alma, yo aplacarí vuestra sed con agua, la más pura que hay en el mundo.

— Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Conrado en este momento.

— Y yo no quiero más que una parte de mi alma.

— Sin embargo, es preciso ser lógico; una alma no se divide como una espiga, y no podéis, como Proserpina, pasar la mitad del tiempo en el infierno y la otra mitad en el cielo. Pero en fin, hay una condición posible para poder invalidar la venta.

— Decid, señor demonio.

— Dadme un cántaro de agua.

— Pues es cosa perdida; ya no tango cántaro; mi padre me lo ha hecho pedazos.

— Es que á él no le gusta el agua y es muy aficionado á la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos, sus granos azulados y mosqueados á todos los manantiales más puros; y no sé qué he de hacer; tengo una sed de infierno.

— Pues voy á la cisterna con una taza; y si no basta con una, volveré cuantas veces sean necesarias.

Después de haber tomado esta valerosa resolución, Maravilla se puso en camino, y por tres veces pasó por delante de los sombríos caballeros para llevar á los labios del demonio el refrigerante líquido.

Durante este tiempo, Conrado dormía siempre.

— Y bien, joven — le dijo el diablo después de haber

apagado su sed;—¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?

—¡Ya lo creo!

—Cásate.

—¡Casarme!

—Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano, se batirá con nosotros por tu salvación.

—Yo bien quisiera casarme; pero ¿quién querrá casarse con una mujer cuya alma es del diablo?

—Yo te daré un regalo.

—No lo necesito—respondió Maravilla.

—Lo haces bendecir por el cura y con él encontrarás tu salvación. Adiós, joven, mañana recibirás mi regalo, pero cástate pronto si quieres escapar de nuestro poder.

Al decir estas últimas palabras, el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que había dejado á la puerta tenían de las riendas, y desapareció con ellos en el bosque.

Muy triste quedó Maravilla al lado de su padre, que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. Al amanecer vino su primo, que era un gallardo manco, pobre como ella, pero muy honrado, al cual contó lo que la había pasado la noche antes, y cuando esperaba que éste mostrase asombro y se retrajese en los amores con que hacía tiempo la requería, oyó que la dijo:

—Me caso contigo; y ahora que pertenezco á los espíritus malignos, no tengo necesidad del permiso de tu padre.

—Os casáis con una mujer sin alma.

—Yo haré que te la devuelvan.

Fueron, pues, á ver al buen cura para que les diese su santa bendición, y éste les dijo que tenía que darle un regalo de parte de un desconocido.

—Ya lo sé, pero no debo tomarlo.

—Acéptalo—dijo el digno sacerdote;—yo lo tomo á mi cargo.

—En ese caso estoy tranquila

Extendió la mano á la joven, y el cura le entregó el anunciado regalo. Era un cántaro.... nada más que un cántaro, de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.

—¡Un simple cántaro!—le dijo Maravilla.

—Para suplir al que os han roto. Habéis dado de beber á un viajero sediento y os le ofrece en recompensa de vuestra virtud.

—No es muy generoso;—dijo el esposo.

—Aguardad; os concede en toda propiedad la cisterna de la que habéis sacado el agua, y podéis hacer pagar un derecho por permitir sacar de ella agua á los pueblos vecinos.

—Pero si es imposible,—dijo la recién casada;—la cisterna pertenece al Señor.

—El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aquí tenéis un título de pertenencia formado y legalizado en vuestro nombre.

—Vamos,—dijo en voz baja Maravilla tomando el cántaro,—el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!

Al cabo de dos días vino una orden, no se sabe de dónde, por la cual se prohibió á los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Conrado, que se había quedado solo, en su soledad, había vuelto en sí, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vió delante de sí los brillantes escudos, pero durante dos días conoció lo poco provechosos que le serían. Sintió hambre, y en vano trató de buscar alimento, porque nadie quería recibir su dinero ni cambiar su oro por viveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algún perjuicio.

—¡Compasión! ¡Compasión!—decía el desgraciado.

—No hay compasión para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

—Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.

—Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer;—le respondían en todas partes.

Lleno de hambre, agitado, desesperado, Conrado llamó á grandes gritos en el bosque al desconocido á cuya generosidad debía sus dolores. En vano recorrió todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En

aquella triste situación, vuelto en sí, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole más que uno que jamás se cerró al desgraciado: aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta, eran recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos; era la casa del cura. Fué, pues, allí, se arrojó á sus pies, confesó su crimen, recibió la absolución y la esperanza que le dió el cura de que Dios no permitiría se llevase á efecto aquella venta.

Entregó el dinero al Cura para que lo arrojase en la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenía. No quiso hacerlo el mismo Conrado por no volver á tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero en la cisterna, Maravilla, que habitaba una casita cerca de la del Cura y que iba todas las mañanas á sacar agua de la cisterna con el cántaro del desconocido, vió un día que el agua estaba sumamente baja, y por más esfuerzos que hacía no podía sacar su cántaro. Se volvió á su casa llena de sorpresa al ver que éste pesaba más que lo ordinario.

—Echame agua—la dijo su marido alargando un vaso,—tengo sed; que el agua es el néctar de los pobres y la providencia de los labradores.

Maravilla echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentadamente y una porción de escudos de oro aparecieron.

—¡Milagro!

—El cántaro está encantado—replicó el esposo.

—¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

—¿Deberemos ocultar esto?—observó el prudente marido.

—¡Hijos míos!—les dijo el Cura su vecino, que se hallaba sentado á la puerta de su casa y seguía con atención aquella escena,—ese dinero es vuestro, podéis gastarlo sin temor; bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechosos.

Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternación, temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribución; pero no fué así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exigir retribución alguna más que la que antes les pagaban, permitieron á todos sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban también alguna moneda de oro. Maravilla, sin embargo, se ponía triste de cuando en cuando, pensando si podía tener efecto, la venta que había hecho su padre de su alma al diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un día á aclararse.

Llegó el día en que se celebraba la fiesta de la aldea, y en medio de la alegría, de las músicas, de los juegos y los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida á dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido con gran lujo: era el señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, altivo con los grandes, afable con los humildes: hacía diez años que la había heredado de su padre; había estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragón, y era casi un extraño para los habitantes de Fuentes y Villarejo, porque había además pasado una gran parte de sus primeros años viajando é instruyéndose sobre los hombres y las cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban el traje de hombres de armas con sus colores, y colgado de la silla del caballo se veía, con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trajes de la caballería y de los señores: era un pellejo vacío.

—Y bien, carpintero—dijo á Conrado, confuso y asombrado, el desconocido caballero,—¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Conrado no contestó.

—¿Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento?... Hermoso y alegre era aquello; el agua caía á torrentes por fuera, y el vino caía á torrentes por dentro.

—¡Chist, chist!—decía Conrado volviendo la cabeza á todos lados;—no me recordéis ese fatal momento, que quisiera borrar de mi memoria.

—¡Cómo, Conrado!—replicó su antiguo parroquia-

no,—¿desprecias al comprador de tu mercancía que te la pagó al contado?

—¡Por compasión, por compasión!—repuso Conrado ocultándose entre la multitud de los villanos;—olvidad este crimen que deploro: he hecho ya penitencia por él: ¡Señor, Señor, libradme de la tentación de este demonio!

Echóse á reír el caballero con aquella risa estridente que había empleado la noche de su entrevista con el carpintero, y echándole mano, cogió á Conrado confundido por esta acción.

—Es muy mal hecho—le dijo afablemente—renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

—Que se me presenten Maravilla y su esposo.

—¡Señor!—exclamó la joven al reconocerle—¡es el diablo, el diablo que había comprado mi pobre alma!

—¡Dios mío!—exclamó Conrado dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose á su vecino para no caerse—¡es el comprador del alma de mi hija!

—Vamos despacio—dijo el señor;—y dirigiéndose al respetable Sacerdote, añadió: tranquilizad á estas buenas gentes; yo no soy espíritu infernal, sino el amigo de todos: Conrado, tú eres carpintero excelente, y más que un obrero eres un artista. He oído y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte.... Yo soy el que llené el pellejo de vino de manzanilla para probar hasta dónde puede llevar la borrachera. Yo soy el que te propuse la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de esta buena niña: hacer el diablo no es difícil con una peluca roja y al resplandor de los relámpagos de una noche de truenos, de tempestad y llevando por escuderos á nueve hombres de armas cubiertos con capas negras.

—¡Cómo, señor! ¡qué ventura!—dijo Maravilla;—¿erais vos al que yo hice beber tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

—Yo te le regalé por haber ocasionado tu desgracia; pero el cántaro estaba bendito por el Cura, que sabía mi secreto.

—Y esa cisterna—preguntó el marido de Maravilla,—¿por qué oculta oro?

—El arrepentimiento del culpable ha favorecido á los inocentes—contestó el Cura.—Conrado me había encargado que destruyese el precio de tu traición, y lo arrojé á la cisterna, á fin de contribuir á premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habéis manifestado buenos cristianos, habéis llamado á vuestros amigos á participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua; el Señor os ha recompensado. Tenéis ya el precio de todos y el afecto de cada uno en particular: vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Villarejo quiso tener á Maravilla y á su marido á su servicio y los llenó de favores. Conrado se hizo viejo, y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del Cura para resolverse á beber un poco de agua y vino, y gracias á su templanza vivió cerca de un siglo.

EL CONDE FABRAQUER.

Las Carrasquillas 1902.

## A LA VIRGEN DEL PILAR <sup>1</sup>

### PLEGARIA

María inmaculada, Emperatriz del Cielo, purísima azucena del místico verjel, cuyo preclaro nombre les sirve de consuelo á los que van cruzando por el mundano suelo, porque no hay otro nombre tan dulce como él.

Si el arpa del Profeta tuviera yo en mi mano y Dios me concediese la santa inspiración, cantarfa tus glorias, pero mi empeño es vano; para rendirte culto con el lenguaje humano no tengo más que un medio, la mística oración.

<sup>1</sup> Para mis compañeros de GENTE VIEJA Eusebio Blasco, Mariano de Cavia y Marcos Zapata.

Con fe cristiana dice la gente aragonesa que en Zaragoza tienes un templo y un altar, que el Ebro te retrata cuando tus plantas besa, y en sus límpidas ondas parece lleva impresa tu imagen venerada, la Virgen del Pilar.

La invicta Zaragoza su Reina te proclama, y en el templo se postra de hinojos á tus pies; cuando el dolor la aflige, á Ti tan sólo clama, de Ti espera el consuelo, y por eso te llama la excelsa protectora del pueblo aragonés.

Yo sé que eres la Madre del que es tres veces Santo, que el sol y las estrellas te sirven de escabel, que al pecador le amparan las orlas de tu manto cuando invoca tu nombre, cayendo con espanto en el profundo abismo el infernal Luzbel.

Pero ignoro los cánticos con que tu gracia imploran los ángeles que á coro te alaban sin cesar, los celestes querubenes que en el Empíreo moran, y á los pies de tu trono se postran y te adoran en número más grande que gotas tiene el mar.

Yo sé que eres el faro que, al terminar mi vida, me marcará el camino del puerto salvador, cuando abandone el mundo mi alma arrepentida buscando en tu regazo la divinal guarida que no niega á las almas la Madre del amor.

Por eso en Ti confío y al clarear el día, cuando en el templo santo repica el esquilon, de hinojos á tus plantas mi corazón te envía una humilde plegaria, pidiendo, Madre mía, que no me desampares, que acojas mi oración.

SANTIAGO IGLESIAS.

## LA DECENA DRAMATICA

*Pepita Reyes*, de los hermanos Quintero, es una comedia muy agradable y un verdadero trozo de vida; pero la vida, sólo por serlo, no es arte, y los hermanos Quintero, cuyo talento, cuya gracia y cuyo amor al trabajo soy el primero en reconocer y en aplaudir, tienen la obligación de hacer algo más hondo y más trascendental.

En toda la obra no hay un solo carácter sostenido ni siquiera definido: ya sé yo que en la realidad de la vida hay muchas gentes que hacen las cosas porque sí y que no son caracteres; pero en el teatro, que es algo más que la fotografía social, hacen falta aquéllos.

La ejecución de *Pepita Reyes* ha sido muy buena, principalmente por parte de Concha Ruiz, á quien no puedo alabar de otra manera más, que diciéndola que al verla hacer *la Morritos*, me ha parecido estar oyendo á Pepita Hijosa.

El LÍRICO ha resucitado otra de las zarzuelas del tiempo de Barrutia, *Las nueve de la noche*, música del maestro Caballero y de nuestro querido compañero Pepe Casares, y el público ha aplaudido con entusiasmo aquella música, á pesar de ser vieja; y es que, como he dicho muchas veces, no hay viejo ni nuevo, sino bueno y malo.

La convención periodística ha establecido que no se aplauda á los compañeros de casa, y por eso, al felicitar á Pepe Casares, no dice el amigo de Barrutia todo lo que de él se le ocurre, como maestro y como amigo; y como Pepe, modelo de caballeros y de hombres agradables é inteligentes, por sus condiciones personales, es estimadísimo de todo el mundo, tiene tantos amigos, que no hay quien pueda alabarle con aquel desahogo con que se alaba á muchos que no tienen condiciones.

Desde que Guimerá, después de haber sido aplaudido y festejado en Madrid por autores, críticos y periodistas, se fué á Barcelona, y á los pocos días de llegar y de abrir el Ateneo, puso á la intelectualidad de Madrid como pelo de conejo, conocí yo que no estaba en sus cabales, y con el estreno de *La Pecedora* ha venido á darme la razón.

D. Angel tiene mucho entendimiento, es un literato; pero indudablemente sufre una perturbación, porque su última obra no tiene ni originalidad, ni conocimiento de la vida, ni del arte dramático, ni puede interesar, ni es real, ni es imaginativa, ni firmada por otro hubiera habido compañía que la representase. Sin el inmenso talento de María, de Josefina Blanco y de Fernando Mendoza, cuya labor excede á toda ponderación y recuerda los más hermosos tiempos del teatro español, la obra de Guimerá no se hubiera escuchado.

Y digo de este escritor lo que de otros que tienen reputación legítima: tiene el derecho de que se le diga la verdad.

Con el título de *El Cuñao de Rosa*, Gabriel Merino, Candela y el maestro Torregrosa han hecho una deliciosa parodia de *El Puñao*. Merino, que es un autor experimentado y un maestro en lo de hacer parodias, ha dado una prueba más de su finísima observación y del conocimiento que tiene del teatro. El éxito ha sido franco y grande.

L. de *El Liberal* dice que aunque él no sabe nada, dicen que así como *El Puñao de Rosas* es de Asencio Mas y Arniches lo pulió, adobó y corrigió, *El Cuñao de Rosa* es del Sr. Candela—á quien también recomienda como industrial—y que Merino sólo lo ha corregido y pulido.

Claro es que cuando dos personas colaboran en una obra es porque los dos trabajan en ella; pero de aquí á lo que entre líneas parece leerse en la revista del simpático Pepe de la Loma, hay una gran diferencia; y además, yo entiendo que cuando se hace constar que no se sabe una cosa, y cuando ésta, además, resulta con un poco de insidia, no debe lanzarse á la publicidad en un periódico de tantos prestigios y tanta circulación como *El Liberal*.

Cuando no se saben las cosas, no deben decirse.  
¡Ele!

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

## CONTESTACIONES

### CUESTIONARIO DE «GENTE VIEJA»

#### I

¿Qué época hubiera usted preferido para su juventud, la pasada, ó la presente?

Queridos colegas en glorias y engaños, igualmente dulces é igualmente caros, ¿qué llamáis presente, qué llamáis pasado? Pasado es el goce de un mes y de un año; presente es la pena, si el dejo es amargo. Cuando apenas el bozo cubría el labio, de oro el horizonte teñíase á ratos. Y ahora en densas nubes, y en truenos y en rayos se cubre y los ojos anéganse en llanto. Tendíase entonces á Oriente y á Ocaso la hispana bandera por doquier flotando: de ardientes amores sirviendo el halago, de hermosas mujeres buscábais el garbo. Jamás preguntábais si en oro ó en trapos de coyunda eterna se estrechaba el lazo, y hacíanse todos, bien ó mal pensado,

progresistas unos y otros moderados. Muchos de vosotros, con el arma el brazo vuestros nombres dabais y erais milicianos. Si el motín perpetuo tocaba á rebato, allí estábais siempre por gloria y por lauros. Hoy de nuestra España eclípsase el astro y en negro se escriben los juicios de este año. ¿No es cierto que ahora, del mundo ya esclavo, canas peina el mozo des que progresamos? Si hoy vale un empleo lo que antes un «te amo»; si lo más precioso se aporta al mercado, ¿qué atras vuelva el tiempo, que hoy lleva en sus brazos, por glorias vergüenzas, por goces engaños!

A todo tiempo y lugar debe preferir el sabio los que le vieron nacer, los que le abrieron sus brazos.

#### II

*La indiferencia y la ingratitud á los que fueron ¿es ley del instinto de conservación?*

Ni pensarlo.... en los albores de la juventud florida todo se presenta hermoso y es verdad toda mentira. También así á nuestros padres se ofreció cuanto veían y la verdad en su lecho de muerte vieron erguida. Si es nuestra vida un camino que lleva á la eterna dicha, ó á la perdición eterna según la ruta que elijas, ¿se ha visto viajero alguno que la senda en que camina destruya después de andada, borre después de corrida? Deja el pasado, que vuela; deja á la edad, que termina túneles, viaductos, puentes, cumbres, honduras y simas, y contéplalas, si viajas, y no las pierdas de vista, y podrás andar derecho allí donde otros se hundían. Ese árbol á cuya sombra tan suavemente dormitas, y esa fuente en cuyas aguas templas tu sed, te convidan á pensar en quien, á costa de su trabajo, te incita á coger de árboles nuevos nuevos frutos y semillas, y á descubrir en las peñas secretas corrientes límpidas que hablen de ti á los que vengan á habitar donde tú habitas. ¿Qué aprendiste por ti mismo de lo que otros hoy te envidian que no hayan visto tus padres allá en sus largas vigiliadas? Hoy es el ayer, que sigue su marcha no interrumpida; mañana es el hoy continuo y es obra que tú fabricas. Ser con lo pasado ingrato

es parecerse á la víbora,  
que mata á su madre al punto  
en que le ha dado la vida.  
La indiferencia es del necio  
digno blason..... y si olvidas  
que de otros tiempos procedes,  
¡que te olvide quien te siga!

## III

¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

El cariño es como el agua,  
que á volver atrás se niega;  
muy bien corre cuesta abajo  
y sube muy mal las cuestas.  
Y es en esto como el tiempo  
cuando hacia adelante vuela  
como el Partho, que huye y lucha  
diespués de arrojar sus flechas.  
Por eso se quiere al hijo  
y al que del hijo proceda,  
que la antorcha de la vida  
de mano en mano se entregan  
como en los juegos heroicos,  
como en olímpicas fiestas,  
los que luchaban lo hicieron  
por premio en la antigua Grecia.  
Es el nieto como el hijo,  
que otra niñez nos recuerda,  
y aquellos tiempos pasados,  
los que otra cuna mecieran.  
Cuando ni penas ni arrugas  
surcaban la faz contenta,  
ni el polvo de los trabajos  
sombreaba la cabellera.  
Cuando cual sierpe la vida,  
que se embosca entre malezas,  
de áurcos y azules anillos  
rodeaba vuestra existencia.  
¿Cómo apreciar del vagido  
que en la cuna oír se deja  
el nuevo timbre, y el goce  
recordar que en él sintieras?  
¿Cómo en la miel de los labios  
del niño que á hablar empieza  
sentirse embriago el padre  
como en las flores la abeja?  
Pues todo vuelve al abuelo  
á presentarse como era  
si el nieto es hijo dos veces,  
según el proverbio expresa.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

## PON LO TUYO EN CONCEJO.....

Padre é hijo viajan, el primero á horcajadas sobre un asno y á pie el segundo.

—¡Vaya un cariño el de ese viejo!— dicen las gentes;— como va tan descansado no advierte la fatiga del mocito.

—Tienen razón; sube, hijo mío, — dice el padre apeándose.

—¡Cuidado con el nene!— rezan los murmuradores;— rebotando vigor y consiente que el pobre viejo se rinda de ese modo.

—Tienen razón— replica el hijo;— suba usted, padre, que el burro puede con los dos.

—¡Bien por los gandules!— advierten los circunstantes;— reventarán al asno, sin pensar en aliviarle.

—Es verdad— dicen los jinetes;— apeémonos y no abusemos de la resignación de este animal.

—¡Serán majaderos!— exclaman los espectadores;— ¡pues no van á pie teniendo una cabalgadura tan briosa!

Los viajeros sueltan la carcajada y deciden hacer oídos sordos á palabras necias.

El cuento anterior es tan antiguo que su origen se

pierde en la noche ó en el día de los tiempos, y, sin embargo, es siempre de actualidad. Véase la prueba.

Nos ha salido ahora, como sale el sarampión, un escritor que firma «Claudio Frollo», que topa con un joven y reniega de quienes tienen moderna la partida de bautismo; da con un viejo y le adjudica «vicio de nulidad». No sabemos, pero él lo dirá el día menos pensado, si transige ó no con los de la Edad Media; y en caso afirmativo veremos, por complacerle, si es posible conseguir que nazcan los hombres cuando hayan cumplido veinticinco años y se muera á los cuarenta y cinco; entre esas edades debe estar el hombre, y como hemos de suponerle consecuente en sus ideas, habrá vivido rabiando al verse joven hasta que rebasó los cinco lustros, y vivirá en la actualidad preocupado para decidir cómo debe suicidarse al cumplir los nueve; tragedia necesaria si quiere librarse de sentir contra sí lo que hoy siente contra nosotros pecadores.

No crean mis lectores que el modernista escritor se contenta con declarar sencillamente que sobran los jóvenes y los viejos, no; señala, respecto de nosotros, los vicios más culminantes y los presenta al desnudo á la atónita sociedad, como diciendo: Ahí los tienes; así son esos á quienes consideras como dignos del premio de constancia, á quienes otorgas tu estimación. Nos acusa de que nos ponemos mote apellidándonos *mozos viejos*, y eso constituye ofensa injusta; eso no es mote, señor D. Claudio; somos viejos, pero muy capaces de hacer lo que no todos los caballeros de la *Edad Media* podrán realizar; pero hay más: aun supuesto el mote, le parecerá á cualquiera que el apellidarse *mozo viejo* es rasgo de modestia, y apodarse *viejo mozo* signo de energía, mientras que adoptar para pseudónimo el nombre de un personaje tan odioso como el trazado por Víctor Hugo es..... renuncio á consignarlo.

Inquieta también al terrible censor que nos reunamos de vez en cuando en amigable consorcio; pero ¿es que D. Claudio no almuerza ó almuerza solo? Si es así, comprendo su humor atrabiliario, y deseando contribuir á desvanecerlo le invito á la primera comilona, y verá que los platos son sabrosos cuando cada uno paga lo que consume, y la compañía agradable cuando, según sucede con nosotros, cada comensal no siente más ambiciones que las de hacerse simpático á quienes le acompañan. Entonces caerá en la cuenta de que todo el mundo que puede almuerza; que el uso, la costumbre, el vicio, el crimen de que nos acusa el Sr. Frollo ha existido y persistirá desde los siglos más remotos hasta el día del *gran juicio*, si éste se celebra por la tarde, y habrá de convenir en que no almorzamos porque somos viejos, ni somos viejos porque almorzamos, sino porque el apetito y el buen humor nos conducen al lugar del sacrificio.

Y ahora entra lo grave; para decirlo necesito anteponer un interrogatorio: un modesto, aunque buen almuerzo, una gratísima compañía, una aromosa taza de café y un cigarro excelente, ¿son factores propios para predisponer á la tristeza? No, seguramente. ¿Es natural que produzcan alegría? Muy natural; pues bien: el señor D. Claudio Frollo tomaría como cosa corriente que á los postres nos ocupáramos de averiguar si la luz fué creada ó increada, ó en cantar alguna letanía, toda vez que nos acusa de epilogar nuestras reuniones relatando cuentos alegres. Hay que compadecer al censor; á través de tal anatema contra la alegría se adivinan abismos de tristeza imposibles de sondear, capaces de hacer á cualquier Frollo más desgraciado que lo fué el perseguidor de la esmeralda. Por otra parte, si con tanto derecho como el que tiene para ocuparse de nuestros almuerzos se propone ocuparse de los que consuman todos los habitantes del planeta, es de presumir que á poco de comenzada su tarea llegue á viejo y ¡adiós indagaciones culinarias!

Síntesis 1.<sup>a</sup> D. Claudio desea que no haya viejos, y yo voto con él; sino que, como ciudadano de buenos sentimientos, no deseo la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Si para conseguirlo conoce el señor Frollo algún procedimiento, sírvase decírmelo y yo le demostraré mi gratitud plantándome en los cuarenta, para no darle la tarea de tronar contra mi juventud.

Síntesis 2.<sup>a</sup> Cree D. Claudio Frollo que hay jóvenes

y viejos y esa creencia está mandada retirar: hay hombres que valen y hombres que no valen; á los cinco años han sido algunos asombros del mundo; á los ciento fueron otros objetos de envidia para la juventud. Si yo hubiera sido de los primeros ó fuera de los segundos, me reíría de quienes toman por metro una partida de registro civil y de la partida misma.

DANIEL BALACIART

## RECUERDOS TRISTES

De mi mesa en un cajón  
conservo una colección  
de billetes arrugados,  
que tristes recuerdos son  
de mis amores pasados.

En ellos, con varios fines,  
me alzaron á los confines  
del cielo de los amores  
ángeles y serafines  
que hoy son personas mayores.

Como de mano distinta,  
cada billete una tinta  
ostenta de su color:  
desde el pardo de Leonor  
hasta el rojo de Jacinta.

Con afán los esperé,  
con deleite los leí,  
con amor los repasé  
y con loco frenesí  
bajo llave los guardé.

Mintiendo á más y mejor,  
sus autoras á porfía  
me mostraron sin rubor  
la inmensidad de su amor  
y su poca ortografía.

Accediendo á un ruego mío  
me mandó un rizo Paz Rfo,  
y por no hacerlo de momio  
me escribió: *Azgunta te envío  
huna trenza de pelomio.*

Como novio primerizo,  
llevé á mis labios su rizo,  
y después — ¡oh decepción! —  
resultó el rizo postizo  
y postiza su pasión.

De su vehemencia amorosa  
poniendo á Dios por testigo,  
cierta vez me dijo Rosa;  
—«¡Qué vida más deliciosa  
me paso pensando contigo!»

Y á los seis meses ó siete  
de vivir puesto en un brete,  
sin darla motivo alguno,  
me dejó Rosa por uno  
que tocaba el clarinete.

—«¡Tú serás mi único amor!» —  
Pilar llena de candor  
me dijo — haciendo pucheros,  
pues llorar es de rigor  
en los amores primeros.

Mas de los nuetros la coda  
aun recordar me incomoda;  
victima fui de su ardid  
y luego amó á casi toda  
la guarnición de Madrid.

Gratos recuerdos de ayer,  
billetes ya amarillentos  
que me haceis estremecer:  
¿porqué escucháis mis lamentos  
como quien oye llover?

¡Ay! aquellos dulces días  
en amargos cual baladre  
trocaron las prendas mías,  
que unas llegaron á madres  
y otras llegaron á tías.

Mas no siento indignación,  
y hoy sólo me da aflicción  
el ver, tras de tanto afán,  
que esos billetes ya están  
fuera de circulación.

CARLOS CANO.

## SESIÓN DE ESPIRITISMO

### I

Unos estudiantes amigos míos, con el propósito de evitar las escaseces é incomodidades de las casas de huéspedes, habían formado una asociación, viviendo por cuenta propia, costeando el alquiler de la habitación, servidumbre, alimentos y demás gastos. Constituían esta colonia tres estudiantes de Medicina preparándose para el Doctorado; dos de ellos habían sido internos en San Carlos; dos estudiantes de Derecho, uno de Teología, otro de Farmacia, dos ingenieros industriales y otro de la escuela de Estado Mayor.

La variedad de estudios, la diferencia de caracteres, la diversidad de inclinaciones y la discrepancia de aspiraciones acarrearán continuas discusiones; y como si fuese la flor de imaginaciones juveniles, una chispeante charla, en la que se hacía un verdadero derroche de espontáneo ingenio.

En aquella reunión se criticaban, analizaban y comentaban profesores y textos, doctrinas y hechos, pensamientos y sistemas. Se razonaba hasta lo irrazonable y se discutía hasta lo indiscutible. Cada estudiante tenía que soportar la inevitable rivalidad de sus compañeros de carrera y las acerbas burletas de los que no lo eran. Por supuesto que los nombres y apellidos habían caído en desuso, para ser sustituidos por intencionados apodos, en los que dominaba una sal, si no ática, estudiantil, muy sabrosa.

Los estudiantes de Medicina fueron bautizados de *Hipócrates*, *Avicena* y *Servet*. Los de Derecho respondían á los apodos de *Febrero* y *Bentham*. *Farnesio* era el mote del de Estado Mayor, y llamábamos *Bossuet* al estudiante de Teología. El fármaco respondía al mote de *Mortero*. De los dos ingenieros industriales, el más bajo y grueso recibió el alias de *Reverbero*, y el otro, de aventajadísima estatura, tuvo que resignarse con el de *Chimenea*. A mí, por mi pequeña estatura, la vivacidad de mi carácter y la rapidez de mis resoluciones, me apellidaban *Polvorita*.

Ocupaban un sotabanco de la calle de Hortaleza. En el de al lado vivía una respetable señora viuda, madre de un teniente de infantería, al que conocíamos sin gran intimidad, como compañero de billar. Doña María era la bondad personificada y á la que todos los estudiantes profesábamos un gran respeto, que ella recompensaba con cariño casi maternal. Su hijo estaba destinado á provincias y vivía sola con una criada, que por su fidelidad y adhesión habíamos apodado *La perra*.

Una mañana nos encontrábamos enzarzados en una acalorada é interminable discusión estudiantil. ¡Nada,

una friolera! Fijar los límites de la palabra UNIVERSO, y de paso los del Universo mismo. Para entendernos más fácilmente hablábamos todos á un mismo tiempo y á gritos.

Nuestro tumulto era grandísimo, pero lo dominaron unos dolorosos gritos, seguidos de los más angustiosos sollozos y estridentes alaridos. De improviso se abre la ventana del patio, aparece despavorida *La perra* y exclama con acento del mayor espanto:

— ¡Por Dios, vengan ustedes corriendo! ¡Mi señora se muere!

Salimos á escape en auxilio de nuestra estimada vecina, á la que encontramos caída en medio de su comedor, perdido el conocimiento, víctima de un violento ataque de nervios y presa de espantosas convulsiones.

*Hipócrates* y *Avicena*, los ex internos, se encargaron de la asistencia médica de la enferma, á la que trasladamos á su lecho, rodeándola de atenciones y cuidados. *Servet* salió corriendo para llamar á su profesor, que era el insigne D. Mariano Benavente. El famoso *Mortero* preparó un antiespasmódico. *Reverbero* reforzó con unas cuerdas la cama, que crujía á cada convulsión que sufría D.<sup>a</sup> María.

Mientras tanto *Bentham* comenzó un interrogatorio en toda regla con *La perra*.

Por ésta supimos que la señora se había levantado en estado de completa salud y con el habitual buen humor de su excelente carácter. Al empezar á tomar el chocolate, leyó el periódico, dió unos gritos terribles y cayó al suelo convulsa.

Al oír esto *Bossuet* recogió el periódico, leyó rápidamente los telegramas, y uno de ellos, con lúgubre laconismo decía así:

*Hoy á las seis de la mañana, ha sido fusilado el teniente N.*

¡El teniente N. era el desventurado hijo de nuestra vecina!

Llegó Benavente. Pulsó, registró, investigó, dispuso todo cuanto era posible, como médico. Repitió sus visitas, pero el día fué terrible para la desgraciada Doña María, y la noche aún más, pues la enferma no volvía de un paroxismo sino para recaer en otro mayor. De igual manera pasó el siguiente día. Benavente estaba desesperado. Su última visita, á las siete de la noche, terminó diciendo:

—Es imposible que resista ese espantoso sufrimiento. ¡Ese cerebro!... ¡Ese cerebro!...

Estas frases fueron pronunciadas con tan triste acento, que todos los estudiantes nos quedamos traspasados de pena.

Los estudiantes de Medicina, como tenían autoridad para ello, entablaron una discusión que los demás escuchábamos en silencio, sin entender la jergonza de los Galenos, que hablaban de lóbulos, materia gris, ramas nerviosas, la caja craneana, etc., etc. Yo, que estaba impresionado muy dolorosamente por las palabras de Benavente, no pude contenerme y exclamé:

—Os ocupáis de la caja craneana y no tenéis en cuenta....

—¡Cállate!...—gruñó imperiosamente Hipócrates.

—¡No digas disparates!...—exclamó Servet.

—¡Tú no entiendes de eso!...—murmuró Avicena.

—Ni tengo obligación de entenderlo. Pero creo que si esa señora padece por haber sufrido una impresión dolorosa, era lógico proporcionarla....

—¡Que te calles, hombre, y no metas la pata!—me dijo con desprecio el interno primero, y continuó con acento de burla:

—Ya utilizaremos tus servicios para.... ajustar la cuenta del entierro....

Todos los concurrentes se rieron á mi costa, lo que me hizo hervir la sangre de coraje.

Me callé. Pero en aquel mismo instante se me ocurrió una idea, más que original y rara, atrevida y temeraria. Con la vivacidad propia de mi carácter, y con la impetuosidad de los pocos años, me levanté y tomé el sombrero, saliéndome de la sala.

—No te quemes, *Polvorita*—me gritaron los compañeros tratando de detenerme.

—Tengo que hacer—contesté con sequedad cerrando la puerta.

Llamé muy quedito á la de D.<sup>a</sup> María. Abrió *La perra*, y la pregunté:

—¿Hay alguien con tu señora?

—No, señor, está sola.

—Pues no dejes entrar á nadie, que tengo que hablarla.

Doña María, más que sentada, estaba desplomada en una butaca, presa del mayor abatimiento, que contrastaba con sus miradas inquietas y centelleantes. Sus pupilas tenían la fosforescencia de las de un gato. Su rostro, que expresaba una profunda pena, estaba cubierto de una palidez terrosa; los dientes castañecaban convulsamente, y una espuma sanguinolenta bañaba sus labios lívidos. Inspiraba horror al par que dolorosa compasión.

Dominé esta repulsión; me acerqué afable, sonriente, tomé su mano con ademán cariñoso, y encarándome con ella exclamé con osadía:

—¡Doña María; no vengo á repetir á usted frases insulsas. Me trae una misión mucho más elevada! Vengo á ofrecer á usted el consuelo supremo. Ya que ha perdido usted el cuerpo de su hijo, ¿quiere usted comunicarse con su espíritu?

Mis palabras causaron un efecto mágico en aquella desventurada madre. Una ola de vida conmovió todo su ser. Se irguió con vigor, desarrugó su ceño y su rostro resplandeció de alegría. Cogió con frenesí mis brazos con sus dos manos, acercó su rostro al mío, y con una expresión de gozosa esperanza exclamó:

—¿Es cierto lo que me dices? ¿Puedo yo tener la dicha de comunicar con mi hijo?

—Sí, señora—repuse yo con admirable aplomo. Precisamente eso es lo que me trae á esta casa.

—¿Y cuándo va á ser eso? ¿Y dónde? ¿Qué tengo que hacer?—exclamó D.<sup>a</sup> María demostrando la mayor impaciencia.

—Lo primero que tiene usted que hacer es serenarse. Dentro de una hora estaré aquí con el *medium*. Es condición precisa que no reciba usted á nadie. Dé usted orden terminante á la criada, y diga que está usted reposando. Hasta luego.

JACINTO RIBEIRO.

(Continuará.)

## ACUÉRDATE

Si en la árdua lucha que á el alma espera  
de aliento falto parece el hombre,  
no olvides nunca que mi postrera  
plegaria al cielo será tu nombre;

y mi voz noche y día  
clamará junto á ti  
diciéndote, prenda mía,  
acuérdate tu de mí.

Si allá en las noches del claro estío  
blanca luz orla mi tumba inerte,  
será la llama del amor mío  
que no se extingue ni con la muerte;

y una voz de agonía  
clamará siempre así:  
acuérdate, prenda mía,  
de quien ha muerto por ti.

Si, adiós, murmuras en mí pensando  
y, «adiós», repiten, sin saber dónde,  
no es, no, que el eco te está burlando,  
es la voz mía que te responde;

y esa voz de agonía  
vibrará junto á ti  
diciéndote, prenda mía,  
acuérdate siempre así.

Si ya tu labio jamás me nombra  
y á Dios descanso por mí no pides,  
adonde vayas irá mi sombra  
para que nunca de mí te olvides:

y una voz de agonía  
clamará junto á ti:  
acuérdate, prenda mía,  
acuérdate más de mí.

Si un amor nuevo mi amor ultraja  
y se apodera de tu albedrío,  
tu nupcial velo será mortaja  
y vendrás virgen al lado mío;

y una voz de de agonía  
clamará junto á ti:  
acuérdate, prenda mía,  
que eras sólo para mí.

MANUEL VALCARCEL.

## LA DECENA INTELLECTUAL

Celebró el Círculo de Bellas Artes su anunciado concurso de carteles, siendo el fallo del Jurado favorable á la obra presentada bajo el lema «Macte ánimo», que resultó ser del laureado pintor D. Juan Francés. En realidad la obra premiada es la que mejor responde al objeto de la convocatoria, pues aunque se presentaron muy notables trabajos pictóricos, ninguno reunía las condiciones propias de un cartel. Y ya que de carteles hablamos, debemos mencionar los que para los periódicos *Heraldo* y *Diario Universal* han pintado respectivamente los célebres artistas Sres. Sorolla y Plá.

El maestro Bretón, cuya competencia en materias musicales es indiscutible, leyó en el Ateneo una luminosa é interesante conferencia, en la que se disertó ampliamente, y con gran erudición, acerca de la Sociedad de Conciertos de Madrid, del público y de la crítica, siendo extraordinariamente aplaudido.

La Sección de Ciencias históricas del Ateneo discutirá este curso dos Memorias, una del secretario primero, D. Práxedes Zancada, sobre «El sentido social de la revolución de 1820, y otra referente á la cuestión regionalista, de la que es autor D. Vicente Gay. También la Sección de Literatura ha abierto una información oral y escrita, para conocer la opinión de cuantos cultivan la novela en España sobre las relaciones entre el movimiento social y el referido género literario. Los literatos que deseen tomar parte en la información, pueden dirigirse á la Secretaría del Ateneo. Ya el Secretario segundo, Sr. Ovejero, leyó su trabajo sobre el tema de la información.

En el Círculo de Bellas Artes se reunieron las Secciones de Escultura, Arquitectura y Grabado, para elegir cargos vacantes en las mismas, habiendo sido designados por aclamación los señores siguientes: Presidente de la Sección de Escultura, D. José Esteban Lozano; Vocales, D. Manuel Castañar y D. Lorenzo Amaya; Secretario, D. Eugenie Martín Lansel; Presidente de Arquitectura, D. José Astiz; y Vocal de la de Grabado, D. Carlos Verger. Los Sres. García Sampedro y Martín Lansel se han encargado de las clases de Dibujo y modelado, recientemente creadas por el Círculo.

La Real Academia de Medicina celebrará sesión pública los sábados de cada semana, no siendo festivos. En la primera sesión verificada se trataron los siguientes asuntos: «Del argón en las aguas de Panticosa». Biografía de D. Matías Nieto y Serrano, Marqués de Guadalerzas, y debate sobre «Quistes hidatídicos». Don Enrique Roger pronunció una conferencia en la Sociedad Española de Higiene acerca de «Las Sociedades de Higiene ante el problema social». En la Escuela práctica de Especialidades Médicas han explicado el Dr. Mitjavila sobre «Concepto científico y fundamentos de la electroterapia»; el Dr. Semprún sobre «Idea general de los tumores», y el Dr. Rodríguez Morelo sobre «Los minerales del organismo».

El célebre profesor Dr. Jimeno y Cabañas dió una conferencia en el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid, que versó sobre «La tos como estigma patológico». En la Sociedad Odontológica Española disertó D. Florestán Aguilar acerca de «La anatomía dental».

Para tratar de los asuntos de Marruecos ocupó la cátedra del Círculo del Ejército y de la Armada el ilustrado Teniente Coronel de Ingenieros D. Eduardo Cabañares Moyano, que por espacio de tres años, en época próxima á los acontecimientos actuales, ha permanecido en la corte del Sultán.

Se discute en la Real Sociedad Económica Matritense una proposición incidental relacionada con «Las zonas neutrales». En la última sesión del Instituto de Sociología se discutió una Memoria presentada por el Sr. Pomares.

La Junta directiva del popular Centro Modernista ha acordado organizar una serie de conferencias semanales, sobre temas de actualidad, que estarán á cargo de elocuentes oradores.

CAGLIOSTRO

## EPIGRAMA

Un buen mozo y un contrahecho  
más infames que Caín,  
lentos de odio y de ira  
riñen en tremenda lid.  
«Llegó tu última hora»  
—dice el alto—«engendro vil,  
que de tu vida esta espada  
va á darme cuenta en un tris.»  
«Lo veremos» —dice el otro—  
«don Guapo, pues hasta el fin  
nadie, según el proverbio,  
puede darse por feliz.»  
Mas uno de los padrinos,  
con ingenio muy sutil,  
parangonando á los dos  
contendientes entre sí,  
exclamó: «Callen y luchen,  
que si la fortuna aquí  
es lógica como creo,  
según el común sentir»,  
verán todos los presentes  
que no tarda en decidir,  
mal por mal, que sobrevenga  
el más pequeño y más ruin.

LUIS BARTHE.

## CAUSAS DE UNA CRISIS

CUENTO DEL SIGLO PASADO

IV

«Pero ¿quién entiende en España  
esto que llaman política?»  
(Pesadilla de todos los españoles.)

Pero como sucede con todas las cosas de este pícaro mundo, me olvidé casi por completo de las memorias de la muerte, y mucho más de la recomendación falsa que había hecho al ministro. Lo menos habían pasado tres semanas desde que le había entregado el paquete, y casi llegué á pensar que, ó no había hecho de él el menor caso, ó, si se había acordado de leerlo, lo habría tomado por una broma de mal género. Deseando estaba encontrar á Salcedo en cualquiera parte, á ver si me saludaba, ó si estaba incomodado conmigo, cuando una noche, leyendo un periódico, tropecé con la siguiente *Ultima hora*:

«¿Qué pasa? ¿Qué nueva complicación ha surgido en el seno del Gabinete? Al entrar en prensa este número aún no lo sabemos; pero se asegura que, acabada la sesión, y después del desgraciadísimo discurso del ministro de Fomento, éste ha presentado la dimisión.»

—¡Ahí es nada! — exclamé yo; — ¡para pensar en la muerte estaría Salcedo cuando tenía encima una crisis ministerial!

Y deseando averiguar algo más de lo que mi periódico decía, me encaminé, entrada la noche, al Ateneo. Los periódicos de la tarde aun no habían llegado; pero en el salón hablaban unos cuantos socios acaloradamente. Creí oír el nombre de Salcedo, y, fingiendo acercarme á la chimenea, escuché:

—Les digo á ustedes que es total la crisis — decía uno; — vengo ahora mismo del salón de conferencias, y sé que desde el Consejo ha ido el Presidente á ver á la Reina.

—¡Pero hombre! Porque Salcedo, que siempre habla tan bien, haya estado un poco torpe al contestar á Ruiz San Millán....

—¡Bueno! — replicó un tercero; — tienen mayoría; ya ha visto usted la votación: 109 contra 84; pero el estado de agitación, las dudas del ministro de Fomento en sus réplicas, hacen creer que habla y hay una grave cuestión latente.

—Será lo de siempre—murmuró un señor muy grueso, á quien todos escuchaban con cierta deferencia—; la mitad de estas crisis misteriosas tienen su origen en....

Y aquí bajó tanto la voz, que no pude oírle.

—¡Es indudable! — gritó otro individuo, cuya obesidad y buen color trascendían á progresista á tiro de ballesta, como que salía á dos almuerzos y tres comidas patrióticas por semana; — ¡es indudable! mientras no acabemos con eso....

—Señores, en plata: con los obstáculos tradicionales — repuso un elegante pollo á quien daban el título de marqués.

—Ya verá usted, Fernando—añadió el marqués, dirigiéndose á un socio de su misma edad que leía la *Ilustración Inglesa*, sin tomar parte en la conversación — ya verá usted, cuando triunfemos nosotros, dónde van á parar ustedes los neos....

—Me tiene sin cuidado—respondió el interpelado—, aunque me extraña eso en boca de usted.

—¿Por qué, querido?

—Porque, para mí, un grande de España revolucionario es un contrasentido. Ya verá usted: la revolución empezó por la Iglesia, hoy ataca á los reyes; algún día querrá cortar cabezas...., y, francamente, antes rodará la de usted que la mía, pues que usted es grande y yo no.

Mordiéndose los labios el noble marqués, en tanto que en el corro se hacían los más absurdos comentarios sobre el hecho de la crisis, que nadie podía explicar satisfactoriamente.

En aquel momento atravesó el salón un criado, llevando una porción de periódicos, cuyo fresco olor de la prensa parecía augurar lo fresco de las noticias. En un instante le fueron arrebatados de la mano, sin que pudiese colocar ninguno sobre la mesa. Yo tomé uno al azar; era de oposición, y en el primer artículo, que titulaba «Lo estábamos diciendo», daba así cuenta de la crisis:

«Nuestras predicciones se han cumplido: esta tarde, después de un breve Consejo, el Presidente del Gabinete se ha dirigido á Palacio, donde ha anunciado á S. M. el inquebrantable propósito de retirarse. La Reina ha tenido á bien aceptar las dimisiones, y en este momento no tenemos Gobierno. Es imposible negar que la disidencia existía marcada hace mucho tiempo, y que el ministro de Fomento andaba buscando una ocasión de promover la crisis. El Sr. Salcedo tiene demasiado talento, demasiada habilidad parlamentaria para que creamos nosotros, á quienes no alteran la inteligencia los vapores del festín del presupuesto, que aquella estudiada turbación y atolondramiento, aquella omisión de todos los argumentos con que podía aplastar al diputado por Salamanca, eran otra cosa que estudiada habilidad. La votación, sin embargo, ha favorecido al Ministerio; pero la derrota moral ha sido completa, gracias al habilísimo ex ministro de Fomento, etc.»

¿Con que era decir que mi amigo Salcedo era el causante de la crisis? en esto no había duda. Confieso que me picaba un tanto la curiosidad; pero llegó ésta á su colmo cuando, en otro suelto del periódico, leí lo siguiente:

«Para que vean los periódicos ministeriales que no nos equivocamos:

¿Han reparado ellos, como todo el mundo reparó, que el señor ministro de Fomento llegó muy tarde al Congreso? ¿Han notado que su carruaje venía lleno de lodo hasta los cubos, como si no solamente hubiera rodado por las calles de la capital? Dirán lo que algunos dicen: que el Sr. Salcedo ha estado á visitar á un importante personaje que vive en un pueblecito cercano; pero esto no es exacto; ha sido una mala pasada, permítasenos la frase, del ex ministro, porque su coche no ha salido por la Puerta de Atocha, sino por la de

Fuencarral; y no ha estado en Carabanchel ni ha visitado al personaje á quien se supone autor de la crisis, sino á algún difunto en el cementerio de la Patriarcal. ¿Si querrán hacernos creer los diarios ministeriales que es menester ir al otro mundo á buscar las causas de la crisis?

—¡Diablo!—exclamé yo, dando un salto en la butaca.—¡Puede ser que, creyendo decir un chiste, hayas dicho la verdad!

Pero, por más que rebusqué en los demás periódicos, no encontré noticias; todo era comentarios del mismo hecho: el inexplicable aturdimiento del ministro de Fomento. Una idea, que al principio deseché como una tontería, acabó por apoderarse de mí por completo. La causa de la crisis—me dije—no es otra que el manuscrito de la muerta; y riéndome de mi descubrimiento, aunque algún tanto alarmado por las iras futuras del ex ministro si acertaba en mis cálculos, salí del Ateneo.

A la tarde siguiente, con ánimo de averiguar algo que confirmase ó destruyese mis sospechas, me encaminé al cementerio de la Patriarcal. El sepulturero no lo extrañó, atendido lo frecuente de mis visitas, y yo no quise preguntarle nada, aunque ardía en deseos de saber si era verdad lo que la víspera había leído en el diario de oposición.

El sepulturero, que, si yo rabiaba por saberlo, él rabiaba por contarlo, no se atrevía; después me dijo la causa.

—Tenía usted razón el otro día—dijo, por fin, entre dientes.

—¿En qué?—pregunté con indiferencia.

—En que no *sacáramos*—asi dijo—al 211. ¿Qué diablos! ¿Quién había de pensar que vendrían ya á renovarlo?

—¿A renovarlo?

—Sí, señor; ayer mismo. Vino un señor alto, delgado....; debe ser algún personaje, porque traía un coche magnífico; pero lo que más me extrañó es que, ni sabía el nombre de la difunta, ni el número del nicho; sólo sabía el apellido.

—¿Y usted recordó entonces?....

—No, señor; tuve que acudir al registro del cementerio, y cuando vi que era el 211 me quedé helado. Caballero—le dije—venía usted á....

—A enterarme del sitio que ocupa ese cadáver, con objeto de traer algún recuerdo.

—Pero es el caso que....

—¿Qué?

—Que.... (yo no sabía cómo decirselo), que no se ha pagado la renovación, y...., como estaba cumplido....

—Pues bien, yo la pago; ¿cuánto importa?

—Yo no sabía qué contestar—añadió el sepulturero;—pero cuando al fin le dije que aquel nicho estaba ya ocupado por otro, se puso furioso. Se empeñó en que recogiéramos los huesos de la fosa comun, y tuve que enseñársela, para que se convenciera de que era imposible. Entonces nos amenazó con que este suceso nos saldría caro. «No sabe usted quién soy—me dijo;—ya verán ustedes....»

Y dirigiéndose al coche, sin despedirse de mí ni del conserje, que también acudió á recibirle, subió y dijo al lacayo:

—¡Al Congreso!

—¿Qué hora sería?

—Las tres y media.

—¡Buena la ha hecho usted con desenterrar al 211!—dije entonces;—ya no enterrará usted más, porque me parece que el destino voló.

—Pues qué, ¿ese señor?....

—Ese señor es el ministro de Fomento.

El sepulturero abrió desmesuradamente la boca.

—Por eso no quería contárselo á usted—me dijo;—porque como usted se opuso á que la *sacáramos*...., ahora veo que tenía usted razón. Y ¡qué diablo!—añadió—¿Para qué no han pagado? ¿Yo qué sé?

Convencido entonces de que á Salcedo le había hecho profunda impresión el poético amor de la muerta, sólo pensé en librarme de sus iras; porque no siendo ya ministro, tendría tiempo de pensar en lo que, de fijo, no hubiera pensado en medio del torbellino de la

política. Maldecía mi necedad en llevarle el manuscrito, y, sobre todo, en habérselo dado sin prevención alguna.

El sepulturero, que no podía comprender las causas de mi preocupación por aquel suceso, concluyó por tranquilizarse á sí propio con esta filosófica reflexión:

—Y, en fin, si ese señor hace que me quiten el destino, aquí ó en otra parte nunca han de faltarme muertos que enterrar.

—Tiene usted razón—le dije despidiéndome y resuelto á no volver jamás, vivo, á ningún cementerio.

FÉLIX DIAZ GALLO.

## MADRIGALES<sup>1</sup>

### I

(IMITACIÓN DE GUTIERRE DE CETINA)

¡Oh, boca purpurina!  
si sonríes, carmín inexplicable,  
¿por qué no me hablas quedo, dulce, amable?  
si en el pétalo rojo  
de tu labio encendido libarfa  
eternamente amor el alma mía,  
¿por qué con cruel silencio dasme enojo?  
¡Oh, purpurina boca!,  
si te opones á hablar, sonríte loca.

### II

(IMITACIÓN DE QUEVEDO)

Á Tirso dirigfa  
Elena melancólicas miradas  
con el tinte de amor que desvarfa.  
—Dime, Tirso precioso,  
si está en tu corazón mi fuego eterno;  
si cuando estás ausente, Tirso mío,  
tu pecho siente el implacable frío.  
—Para pintarte, Elena,  
el volcán de mi pecho no soy sabio;  
este volcán que inflama  
la poderosa llama  
que asciende por el cráter de mi labio.  
Una sonrisa loca  
de Elena y Tirso confundió la boca.  
Entrambos consumidos  
en la pira de amor inextinguible  
y en la pira rendidos,  
su aliento sofocante entrelazaron  
y hasta salir el sol no despertaron.

ENRIQUE PRÚGENT

1860.

## MAUSOLEO DE PÍ Y MARGALL

Publicamos con mucho gusto la circular que pasa la Comisión encargada de promover el mausoleo de Pí y Margall, que era una gloria nacional:

«La Asamblea del partido republicano federal español, reunida en Madrid en 29 de Noviembre último, acordó el nombramiento de una Comisión encargada de erigir un mausoleo y un monumento á la memoria del insigne ciudadano que fué jefe del partido, gloria de la ciencia y del arte y honra de la humanidad.

Constituida la Comisión, uno de sus primeros acuerdos, al que hoy da cumplimiento con el mayor gusto, fué el de dirigir una circular á todos y cada uno de los representantes de la Asamblea, á todos los correligionarios, á todos los admiradores del maestro, á todos los patriotas, á todos los hombres de buena voluntad, rogándoles que coadyuven, cada uno en la medida de sus medios, á la realización de un pensamiento que es para todos deuda de gratitud y de justicia.

Abrimos, pues, una suscripción universal—como era universal la inolvidable reputación del maestro—para allegar los recursos necesarios.

La gloria de un hombre como Pí y Margall no puede

<sup>1</sup> Estas pequeñas composiciones, escritas por su autor cuando tenía trece años de edad, forman parte de un Cancionero que está confeccionando para publicarle muy en breve nuestro querido amigo el distinguido mozo viejo D. Eduardo de Lustonó.

ser enaltecida por la erección de monumentos más perecederos que su fama; pero la falta de esos monumentos sería vergüenza eterna para la generación que convivió con él. Estamos seguros de que han de contribuir á tan plausible obra todos los hombres, sin distinción de patrias ni de razas, que todos tuvieron en él un defensor desinteresado y decidido cuando fueron víctimas de injusticias y rapacidades.

Las sumas que se recauden serán depositadas en el Banco Hispano-Americano; todo lo recaudado será invertido íntegramente en la obra, á la cual contribuyen los individuos de esta Comisión, haciéndose cargo por su cuenta de los gastos previos y administrativos.

Ninguna cuota parecerá excesiva para la ejecución del pensamiento; ninguna, por mínima que sea, dejará de ser agradecida por esta Comisión, por el partido á que pertenece y por los amantes de la humanidad.

BENOT (EDUARDO), *Presidente*.—ESTEBANEZ (NICOLÁS).—GARCIA MARQUES (MANUEL).—JAIME (FÉLIX).—LOPEZ Y LOPEZ (EDUARDO).—ORIVE (SALUSTIANO DE).—PALMA (JERÓNIMO).—PEREZ DE LA VEGA CAMPUZANO (FEDERICO).—PEREZ URIA (PEDRO).—RODRIGUEZ SOLIS (ENRIQUE).—SANCHEZ PEREZ (ANTONIO).—TORRE Y MURILLO (JOSÉ MARÍA DE LA), *Contador y Recaudador*.—TORRE (FÉLIX DE LA), *Secretario*.

ADVERTENCIA.—Los donativos pueden entregarse al Recaudador D. José María de la Torre Murillo, calle de San Miguel, 7, principal, Madrid, ó en Giros á la orden del Banco Hispano-Americano, Madrid, ó en su sucursal de Barcelona, ó á sus corresponsales de provincias y del extranjero.»

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Se ha puesto á la venta en todas las librerías la traducción española del libro titulado *Lógica de la Voluntad*, por Lapie, cuyo libro figura en la notable colección que lleva publicada la *Biblioteca Científico-Filosófica*.

Conocida la selección de obras que hace esta importante *Biblioteca*, fácilmente se comprenderá que se trata de un libro notable por todos conceptos, donde su autor se ocupa en interesantísimos capítulos de los fenómenos de la voluntad, analizando esta materia con tanta maestría que, desde luego, auguramos un nuevo triunfo al editor que con tanto celo se preocupa de difundir entre nosotros cuantos estudios de esta índole se publican en el extranjero.

Como en todos los tomos anteriores, no se ha omitido ningún gasto para su presentación, que forma un elegante volumen en 4.<sup>o</sup> de excelente papel y esmerada impresión y se vende á 5 pesetas cada ejemplar.

\* \* \*

Ha visto la luz el tercer cuaderno de la obra de Su Alteza Real el Duque de los Abruzzos *La «Estrella Polar» en el Mar Artico*, que publica la casa editorial Maucci.

Contiene este tercer fascículo, tan interesante como toda la obra, el relato de las vicisitudes de la expedición, desde el día en que la *Estrella Polar*, detenida por los hielos en el canal Británico, empieza á navegar por el mar de la Reina Victoria en medio de densa niebla y de enormes témpanos que obligan á la nave á detener su marcha cerca de la isla María Elizabeth. La *Estrella Polar*, á los veintisiete días de zarpar de Arcángel alcanza los 82° 4', latitud la más septentrional á que pudo llegar barco alguno. Navega por el canal abierto entre los hielos de la bahía de Teplitz, y después de fondear dan comienzo los expedicionarios á los preparativos necesarios para invernar.

Describe en este cuadro la constitución geológica, la fauna y la flora de la isla del Príncipe Rodolfo, y se dan curiosísimos pormenores acerca de la caza del oso polar y sobre las pruebas y atalajes de los perros.

Se emprende la primera excursión en trineos; la nave sufre una segunda presión y se procede á la descarga de material y víveres y á los trabajos de construcción de la cabaña, albergue de los expedicionarios durante la inverna.